

REBELIÓN

SIMON SCARROW

REBELIÓN

Libro XXII de Quinto Licinio Cato

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Rebellion*

Diseño de la sobrecubierta: 

Mapas de Tim Peters

Primera edición: noviembre de 2024

© Simon Scarrow, 2024
© de la traducción: Ana Herrera, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6436-1

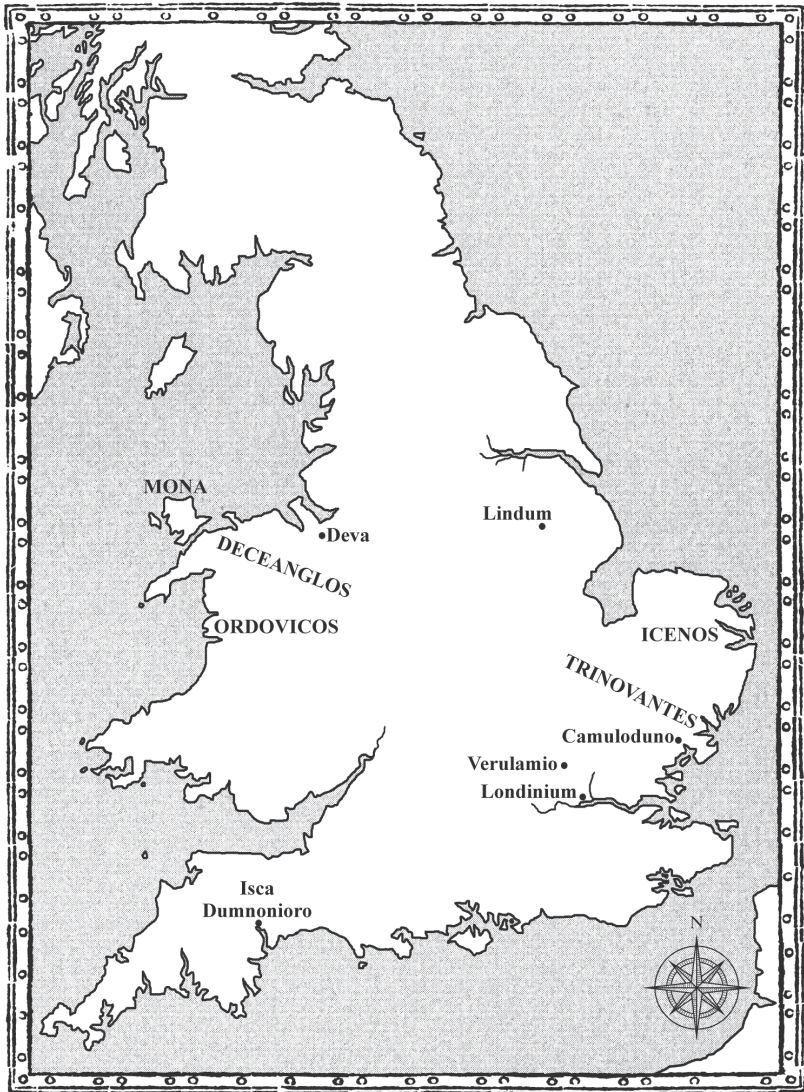
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 18399-2024

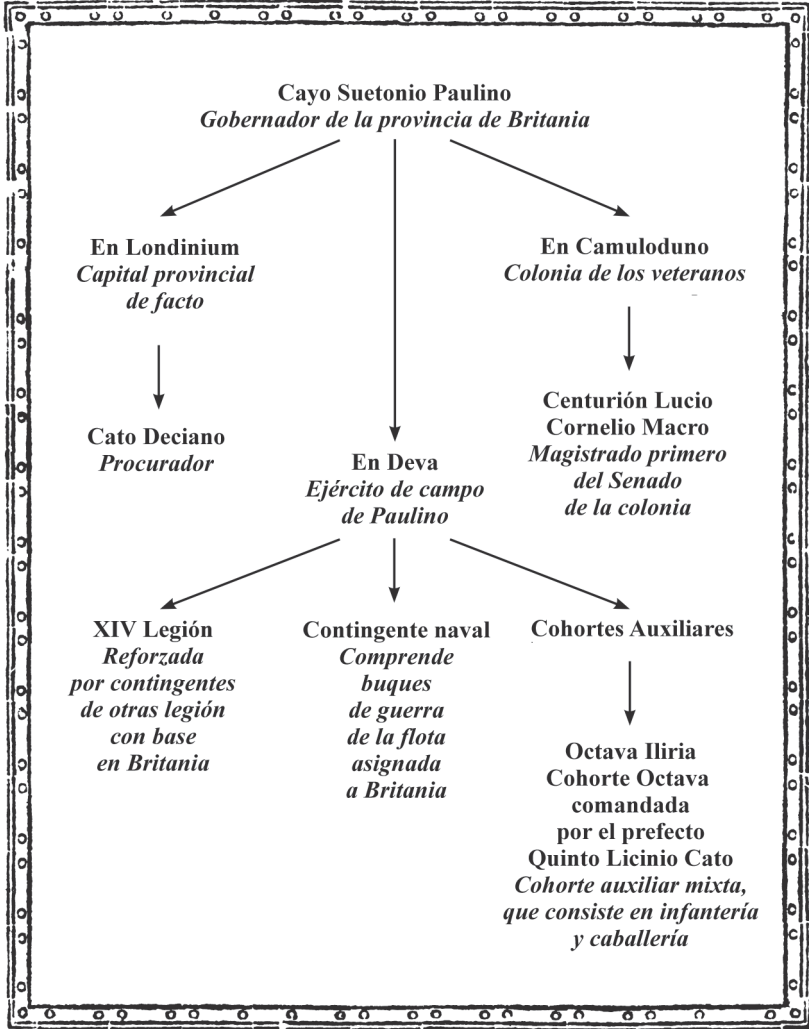
Impreso en España

*Para Michele y Silvano,
gracias por vuestra amabilidad,
vuestra amistad y la cocina italiana.*

LA PROVINCIA ROMANA DE BRITANIA, 61 d. C.



CADENA DE MANDO



DRAMATIS PERSONAE

Ejército romano de Britania

CENTURIÓN BERNARDICO: centurión de mayor rango de la Legión IX.

QUINTO PETILIO CEREALIS: legado de la Legión IX.

PREFECTO CATO: comandante de la Octava Cohorte Auxiliar Iliria.

CAYO SUETONIO PAULINO: gobernador de la provincia romana de Britania.

CESTIO CALPURNIO: legado de la XX Legión.

POENIO PÓSTUMO: prefecto de campo de la II Legión.

PREFECTO TRASILO: comandante de la Décima Cohorte Auxiliar Gálica.

CENTURIÓN TUBERO: comandante del contingente de caballería de la Octava Cohorte.

CENTURIÓN GALERIO: centurión de mayor rango de la Octava Cohorte.

CENTURIÓN HITECIO (retirado): veterano legionario.

CENTURIÓN MACRO: legionario veterano, mejor amigo del prefecto Cato.

AGRÍCOLA: tribuno del personal del gobernador.

CENTURIÓN VESPILIO: comandante en funciones de la guarnición de Londinium.

FRIGENO: cirujano de la Octava Cohorte.

Civiles romanos

CLAUDIA ACTÉ: amante del prefecto Cato y antigua amante exiliada de Nerón.

PETRONELA: esposa de Macro.

PORCIA: madre de Macro.

LUCIO: hijo de Cato.

DENUBIO: empleado de Porcia y sirviente fiel.

DECIANO CATO: procurador de la provincia.

MAECIO GRAHMIO: civil.

Rebeldes

BOUDICA: reina de los icenos.

SIFODUBNO: un noble de los icenos.

BARDEA y MERIDA: hijas de Boudica.

BELLOMAGO: campeón de la tribu de los icenos.

TONGDUBNO: guerrero iceno.

CAPÍTULO UNO

Provincia romana de Britania, verano del 61 d. de C.

La columna tenía problemas. El centurión Bernardico, comandante de la Primera Cohorte de la Novena Legión, lo notó en cuanto avistaron al enemigo. Se hizo sombra en los ojos con la mano para poder superar el fulgor del sol y atisbar lo que estaba pasando. Una fila de jinetes distantes contemplaba a los romanos que se aproximaban desde un risco bajo, a menos de un kilómetro por delante. Al principio, el centurión los confundió con alguno de los exploradores de la legión que protegían el avance del legado Cerialis y sus soldados. Pero había algo irregular en la disposición de los jinetes. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la ausencia de estandarte alguno o de crestas rojas en los cascos de los oficiales.

Así que se preguntó cómo, por el Hades, aquellos jinetes rebeldes habían logrado introducirse entre las filas de sus exploradores. El oficial al mando del piquete montado iba a probar el agudo filo de su lengua aquella noche, cuando la columna se detuviese para formar el campamento, suponiendo que el enemigo no hiciera de las suyas antes, claro.

Bernardico guiñó los ojos por culpa del sol mientras calculaba que debían quedar unas tres horas más de mar-

cha antes de que el legado detuviera la marcha. Quizás un poco más, ya que el día anterior habían parado tarde. Tanto que sólo pudieron establecer la empalizada de estacas afiladas en torno al campamento. Ni foso, ni terraplén.

Aquello hizo que el centurión pasara una noche inquieta. Estaban en territorio hostil, una región repleta de peligros, constatados además durante la sesión informativa de Cerialis en la base de la legión en Lindum, dos días antes. Había llegado un mensaje del magistrado de mayor rango de la colonia de veteranos de Camuloduno informando de un levantamiento de la tribu de los icenos y sus aliados trinovantes. El magistrado se había enterado de que los rebeldes se dirigían hacia Camuloduno, así que rogó a la Novena Legión que marchase al rescate de los veteranos.

Como centurión de mayor rango de la legión, Bernardico expuso entonces sus preocupaciones al legado, pero lo rechazaron con altivo desdén.

–Estamos tratando con gentuza, campesinos armados –se burló Cerialis–. Son dirigidos por los restos de la casta de los guerreros que sobrevivieron a la conquista. No tenemos nada que temer de semejante chusma. En cuanto echen un vistazo a la vanguardia de la Novena, se volverán con el rabo entre las piernas y correrán a ponerse a salvo en el bosque y los pantanos de su territorio.

–Ojalá tengas razón, señor –asintió Bernardico, diplomáticamente–. Pero... ¿y si nos plantan cara y pelean?

Una sonrisa fría se formó en los labios de Cerialis.

–Entonces los aplastaremos, dispersaremos a los supervivientes y crucificaremos a los cabecillas. Y después dudo que ninguna tribu de la isla que viva bajo nuestro gobierno tenga el valor de volver a rebelarse jamás.

Bernardico no pudo evitar sentir una cierta amargura irónica ante las palabras de su superior. Había visto a la rei-

na Boudica varios meses antes, durante la entrega del tributo anual ante el gobernador provincial, en Londinium. Alta, arrogante, con el cabello rojo como la llama, sobresalía entre los líderes tribales. Una mujer a la que había que tener en cuenta, pensó entonces Bernardico, y resultó que tenía razón. Si Boudica se ponía al mando, su gente, hombres y mujeres, viejos y jóvenes por igual, con toda seguridad la seguirían en su deseo de humillar al emperador Nerón.

Roma siempre había temido a las mujeres poderosas, pero, por fortuna para el Imperio, acabó triunfando sobre ellas. Sin embargo, el centurión no podía evitar sentir una cierta ansiedad. En otras circunstancias, hubiese compartido la confianza del legado. Tal como estaban las cosas, el grueso del ejército romano en Britania se hallaba ocupado en una campaña contra las tribus de las montañas, lejos, hacia el oeste de la isla. El gobernador Paulino había despojado a la provincia de sus mejores soldados para rellenar las filas del ejército, incluyendo cuatro cohortes de la Novena. Las únicas fuerzas disponibles para enfrentarse a Boudica y sus rebeldes comprendían los reclutas más inexpertos: los que se estaban ejercitando en la base de la Segunda Legión, en Isca Dumnonioro, que apenas eran un puñado de auxiliares de baja calidad y las seis cohortes que quedaban de la Novena, en Lindum.

Aunque Bernardico estaba muy orgulloso de su legión, era consciente de que las cohortes que marchaban tras él andaban escasas de fuerzas. Sus hombres no habían dado la talla para unirse a esos camaradas que ahora servían bajo Paulino.

También tenía claras las limitaciones de su superior. El legado Cerialis había sido nombrado comandante de la Novena recientemente. Llegó a Britania envuelto en la habitual arrogancia y ambición de los de su clase. Su única

experiencia de combate se limitaba a una breve expedición punitiva al otro lado del Rin durante su servicio como tribuno. Le faltaba mucho esfuerzo para conseguir la experiencia necesaria para convertirse en un legado decente.

Todas aquellas reflexiones se deslizaron por la mente del veterano centurión en unos instantes. A continuación, dejó escapar un hondo suspiro antes de dar la orden.

–¡Primera Cohorte! ¡Alto!

Los hombres, inclinados ligeramente hacia delante bajo el peso de las sarcinas que colgaban de las furcas, dieron un paso y medio más por el camino antes de detenerse. Algunos lo miraron con sorpresa. No habían pasado ni dos kilómetros desde su última parada, así que les pareció que era demasiado pronto para establecer un campamento. Pero Bernardico los ignoró. Se adelantó otros veinte pasos para observar a los jinetes distantes.

El sordo ruido de los cascos anunció la llegada del legado Cerialis con su pequeño grupo de oficiales del estado mayor, tribunos de cara juvenil que todavía no habían visto ningún combate. Quizás eso estuviera a punto de cambiar, pensó Bernardico.

–¿Qué demonios significa esto? –saltó Cerialis–. ¿Quién ha dado la orden de alto?

El centurión se volvió y saludó.

–He sido yo, señor.

Cerialis frunció el ceño.

–¿Por qué?

Bernardico señaló hacia el risco. El legado se puso tenso y guiñó los ojos con brevedad.

–¿Y qué?

–El enemigo, señor.

–Tonterías. Son nuestros exploradores.

–Míralos bien. Si éstos son romanos, yo soy druida, señor.

Cerialis y sus tribunos volvieron a observar, hasta que uno de los últimos se aclaró la garganta.

–El centurión tiene razón, señor.

–¿Y dónde están los exploradores, pues? Se suponía que tenían que limpiar el camino delante de nosotros.

Bernardico respiró hondo antes de responder.

–Sospecho que o están muertos o han sido hechos prisioneros. Con suerte, habrán huido y algunos puedan regresar. Lo que está claro es que no son esos que vienen hacia aquí, señor.

–¿Cómo es posible? –Cerialis lo miró como si el centurión se hubiese vuelto loco.

Bernardico se encogió de hombros, lo que provocó un silencio tenso mientras los oficiales esperaban que el legado diera nuevas órdenes. Cerca, los legionarios permanecían atentos, todavía con las *furcas* al hombro. Al final, el tribuno de mayor rango situó su caballo junto a su superior.

–Da la orden, señor, y yo mismo dirigiré al resto de nuestro contingente montado hacia delante para expulsar del camino a esos rebeldes.

Cerialis se mordió el labio superior un momento y luego negó con la cabeza.

–Si han acabado con los exploradores, no desperdiciaré más hombres ni los enviaré a una persecución inútil. No... Seguiremos avanzando. Los rebeldes no se atreverán a atacar a la columna. Además, hay que llegar a Camuloduno tan rápidamente como podamos para salvar a nuestros camaradas.

Y, sin duda, recibir una corona cívica por dicha heroicidad, pensó de manera cínica Bernardico. Como la mayoría de los de su clase, Cerialis estaba ansioso por conseguir condecoraciones militares para añadir más brillo a su nombre familiar.

–Transmite la orden de que la columna se cierre –continuó el legado–. La caballería debe formar en la retaguardia.

–Sí, señor.

El tribuno recorrió de vuelta las filas de legionarios. Mientras tanto, Bernardico avanzó por el sendero, se llevó una mano en torno a la boca y aulló:

–¡Centuriones de la Primera Cohorte! ¡Conmigo!

Cuando estuvo lo bastante lejos del legado, se detuvo. Los otros centuriones de su cohorte se reunieron a su alrededor.

–Parece que ya no veremos más a nuestros exploradores, muchachos. Cerialis está decidido a llegar a Camuloduno como sea. Cree que podemos liquidar a cualquier rebelde que intente meterse con nosotros. De modo que toca mantenerse muy juntos y con los ojos bien abiertos, por si hay problemas. Somos la punta de lanza de la Novena, de modo que tenemos que dar ejemplo. Nada de flojeiras ni de quejas, ¿entendido? Si los demás intentan bloquear nuestro camino, iremos a por ellos más rápido de lo que caga una oveja. –Al contemplar a sus subordinados, sólo encontró miradas firmes–. Los camaradas de Camuloduno cuentan con nosotros. Son buenos hombres, os lo aseguro. Conozco a su magistrado en jefe, de cuando ambos servíamos en la Segunda Legión. Macro es uno de los mejores. Si estuviéramos en su lugar, él lo daría todo para salvarnos.

–¿Crees que habrá algún problema? –preguntó un cinturón de hechuras recias.

–Siempre los hay en esta mierda de isla, Timandro.

Se oyó un coro de risitas acompañando las sonrisas de varios centuriones.

–Sin los exploradores estamos ciegos –continuó Timandro–. ¿Quién sabe hacia dónde marchamos? Podría ser una trampa...

–Podría ser –reconoció Bernardico–. Pero nunca hemos dejado que esos bárbaros de culo peludo se nos subieran a las barbas, y no vamos a permitirlo ahora. ¿De acuerdo?

El otro hombre asintió.

–Y, dicho esto, si yo doy la orden de bajar los equipajes, quiero a los chicos formados en un santiamén, con los escudos fuera y las jabalinas listas. Y ahora, volved con vuestros hombres y preparaos para moveros en cuanto Cerialis dé la orden.

Bernardico regresó a la cabeza de la columna y avanzó a grandes zancadas cuando el legado dio la orden de reemprender la marcha. A continuación, su centuria, con el mismo paso firme. Por delante, en el risco, los jinetes mantenían su posición mientras observaban aproximarse a los romanos. El camino se inclinaba ligeramente, y, cuando Bernardico llegó a doscientos pasos de los rebeldes, notó el primer cosquilleo helado de preocupación bajando por su columna vertebral. Pero enderezó los hombros y continuó avanzando sin la menor señal de duda. Siempre se había esforzado por adoptar una actitud intrépida y valiente. Era su obligación ser un ejemplo, dar una apariencia de tranquilidad que fortaleciera a sus hombres. Incluso entonces resistía la tentación de llamar a su sirviente para que le llevase la mula cargada con su escudo pesado rectangular, y tenderle el manto para que sus pliegues no le molestaran, si había que combatir.

Más cerca aún, a no más de cien pasos de la cima de un risco bajo, pudo distinguir los truculentos trofeos que los jinetes habían levantado para amedrentar a los romanos. Era una serie de cabezas cortadas, sujetas por el pelo, exhibidas ante los legionarios mientras los rebeldes los abucheaban e insultaban.

–¡Hijos de puta! –exclamó una voz, cerca de Bernardico–. Pagarán por esto...

–¡Silencio en las filas! –El centurión miró por encima de su hombro–. ¡Al próximo que abra la boca lo envío a las letrinas durante un mes!

Los jinetes bajaron las cabezas cortadas y dieron la vuelta a sus monturas para descender al trote por la loma más alejada, que quedaba fuera de la vista. Bernardico había marchado a lo largo de esa ruta muchas veces antes, así que conocía las características del terreno. Era una hondonada profunda que formaba un valle boscoso, un sitio perfecto para una emboscada. Para evitarlo, el terreno había sido despejado por los ingenieros del ejército, a ambos lados del camino. Al mismo tiempo, proporcionaba a los romanos espacio para colocarse en una formación más defensiva, si era necesario. Tres mil soldados fuertemente armados del mejor ejército del mundo deberían ser rival suficiente para cualquier fuerza que esas tribus pudieran reunir. O al menos eso se decía Bernardico para tranquilizarse.

Mirando hacia atrás, vio que los huecos entre las seis cohortes habían disminuido, que sus pequeños trenes de equipaje con carros y mulas ahora iban flanqueados por los legionarios de la centuria más a retaguardia de cada cohorte. La longitud de la columna era de poco más de la mitad de lo que fuera antes del alto.

El centurión llegó a la cresta y miró hacia abajo, al valle. Pudo ver que los jinetes habían aumentado la distancia que los separaba de la columna, que como poco era ya de unos ochocientos metros. Sin embargo, no había señal de ningún otro rebelde. Examinó a ambos lados del camino, pero no se veía señal alguna de movimiento. Entonces advirtió un grupo de cuerpos que yacían a medio camino de la posición de sus enemigos.

Habían encontrado a los exploradores. Eran los cuerpos de las cabezas exhibidas momentos antes por los rebeldes, desnudos, sin armas y, por supuesto, sin caballos, con la piel pálida manchada de sangre a la luz del sol resplandeciente. A medida que la columna se acercaba, oyó las maldiciones en sordina de sus hombres que recorrían la cohorte y exigió silencio con ira, una vez más, antes de volverse hacia su segundo al mando.

–Optio Severo, dile al legado que hemos encontrado lo que queda de los exploradores.

–Sí, señor.

Bernardico hizo una pausa mientras el optio volvía trotando a lo largo de la columna y luego dio una orden más.

–Primera Sección, Primera Centuria... Bajad y sacad a los muertos del camino. Cargadlos en nuestros carros.

Si la situación lo permitía, los funerales se llevarían a cabo en cuanto pudiesen establecer un campamento, al final del día. Identificar los cuerpos, sin embargo, resultaría un problema, especialmente si el enemigo había arrancado las insignias de identidad de los exploradores para quedárselas como trofeos.

Los hombres de la sección en cabeza dejaron caer sus equipajes al lado del camino y corrieron hacia delante para hacerse cargo de los cadáveres, mientras la columna seguía avanzando hacia el valle. El centurión dirigió una breve mirada a los cuerpos tendidos junto a la carretera al pasar a su lado, pero luego siguió examinando el camino que tenía por delante, en busca de señales de peligro.

Las lomas boscosas en las laderas del valle bloqueaban toda la brisa excepto algún soplo muy ligero, por lo que el aire era quieto y cálido. El sudor no dejaba de gotearle por debajo del gorro de fieltro que llevaba bajo el casco de cresta. Los helechos y arbustos tenían un lógico aspecto reseco

tras tantos días sin lluvia. Algo que no parecía que fuera a cambiar, a tenor del cielo sin nubes y el sol vespertino que achicharraba sin piedad a los legionarios. Sólo dos milanos que revoloteaban contra el fondo cerúleo en busca de presas parecían cómodos con aquel clima. De vez en cuando, los jinetes rebeldes tiraban de las riendas y hostigaban a los romanos con sus trofeos sangrientos, para luego volver a trotar de nuevo. Una estrategia efectiva, pues el propio Bernardico sentía que cada vez le ardía más la sangre en las venas ante la frustración de no poder vengar a sus camaradas.

La columna había avanzado casi tres kilómetros en el interior del valle cuando vieron el primer remolino blanco por delante. Un instante más tarde, se vio otro, y otro, hasta que varios rastros de humo quedaron a la vista en la amplitud de aquel terreno abierto. Pudo distinguir a unas figuras con antorchas moviéndose para prender más arbustos y helechos secos. Pronto se pudieron distinguir las llamas bajo el humo, brillantes resplandores rojos y anaranjados que rápidamente se extendieron de lado a lado hasta formar una cortina de fuego y humo que bloqueaba el paso hacia delante. De vez en cuando, Bernardico veía las figuras de los rebeldes más allá, como espejismos tras la neblina del calor.

A cien pasos del fuego, detuvo la columna una vez más y ordenó a la cohorte que dejara sus equipajes y permaneciera en guardia a lo largo del camino.

—¡Señor! ¡Mira!

Se volvió hacia donde señalaba Timandro, a la retaguardia de la columna. Por encima de la nube de polvo producida por los miles de botas, cascos y ruedas de carro, también se extendía el humo. Los soldados romanos contemplaban ansiosos en ambas direcciones, hasta que un

fuerte rugido que procedía de los árboles en las laderas del valle les hizo comprender el problema en el que se habían metido.

Bernardico notó que se le retorcían las tripas al ver las figuras que surgían de la oscuridad bajo las ramas para derramarse por el terreno abierto.

Cientos y luego miles de rebeldes se abalanzaban sobre la Novena Legión desde ambos lados, rugiendo gritos de combate, abucheos e insultos, blandiendo lanzas, espadas y hachas. Entre ellos, los caudillos y druidas alentaban a sus seguidores.

—¡Primera Cohorte! ¡Formad en cuadro!

Bernardico tuvo que forzar sus pulmones al máximo para que la orden se oyera por encima del estruendo que llenaba el aire asfixiante. Hizo señas a su sirviente para que le acercara el escudo y, tras tenderle el bastón de sarmiento, le dijo que se quedara en la retaguardia a recaudo de su equipaje.

A su alrededor, los hombres de la cohorte cambiaron de formación: su centuria se posicionó frente al fuego, flanqueada a ambos lados por otras dos, con el último contingente encargado de cerrar la parte posterior. Formaron un muro con sus enormes escudos, entre los cuales sobresalían las puntas de las espadas cortas. A los legionarios de la última fila se les entregaron jabalinas, que deberían arrojar por encima de sus compañeros.

Las otras cinco cohortes de la columna todavía estaban completando la maniobra cuando sonaron los cuernos de guerra de los rebeldes. La unidad más retrasada rodeó el tren de equipaje y el contingente montado, así como al legado y su personal. Bernardico sólo podía distinguir el brillo del estandarte con el águila dorada y las colgaduras de un rojo vivo de los demás estandartes de la legión.

Sonaron de nuevo los cuernos, así que los romanos se prepararon para la carga enemiga. Sin embargo, los rebeldes se detuvieron a unos treinta metros de los legionarios, desde donde empezaron a lanzar las antorchas que llevaban consigo sobre los secos matorrales.

Ahora la Novena estaba completamente rodeada por el fuego.

–Mierda... –dijo Bernardico, en voz baja, y luego se volvió para tratar de tranquilizar a sus hombres con una mueca forzada–. ¡Aguantad, muchachos!

El cordón de fuego todavía se mantenía a cierta distancia, pero a través de las llamas parpadeantes y el aire tórrido captó al enemigo. Aquella barrera ardiente impedía que los rebeldes atacaran, lo cual le hizo comprender la situación en la que se encontraban: los rebeldes no se proponían enfrentarlos directamente. ¿Para qué arriesgarse, si ese trabajo podía hacerlo el fuego?

En efecto, las llamas se acercaban poco a poco a la columna romana, formando una oleada irregular de estallidos humeantes y rugientes, que crujían y chasqueaban como un monstruo alimentado por los demonios. La mente ágil de Bernardico sólo pudo encontrar una opción para salvarse. Envainó su espada para impartir nuevas órdenes a sus hombres.

–Tenemos que crear un cortafuego. Arrancad todos los matorrales que podáis y colocadlos cerca de las llamas. ¡Severo, pon a trabajar a todo el mundo!

Mientras el optio seguía sus exigencias, el centurión se desplazó a lo largo de la columna para pasar las instrucciones. Al llegar a la Quinta Cohorte, vio a Cerialis cabalgando hacia él.

–En nombre de Júpiter, ¿qué está pasando aquí, centurión? ¿Por qué esos hombres están rompiendo filas? De-

berían permanecer en formación por si esos salvajes lanzan un ataque.

Bernardico argumentó su decisión, y añadió una advertencia final.

–Tenemos que hacerlo, señor, o pereceremos entre las llamas.

El legado miró hacia la cabeza de la columna y observó los frenéticos esfuerzos de los legionarios. Luego hizo una mueca y asintió.

–Muy bien, seguid. En cuanto hayan controlado el fuego y éste se apague, les enseñaremos a esos bárbaros el precio que se paga por desafiar a Roma.

Cuando el centurión se dio la vuelta y se alejó, una ráfaga de calor asfixiante procedente de las llamas cercanas lo hizo respingar. A lo largo de la columna, los legionarios habían dejado sus escudos y estaban cortando los matorrales con sus espadas, que luego arrojaban al fuego. Éste cada vez se acercaba más, por lo que el calor obligó a los hombres a retroceder y apretarse más unos contra otros.

Por desgracia para ellos, el fuego no era el único peligro. El enemigo había empezado a arrojar rocas, lanzas y flechas a través de las llamas y el humo. Disparaban a ciegas, pero aun así muchos de los proyectiles acertaban a los romanos que trabajaban para apagar el fuego. Los heridos eran arrastrados hasta el camino, donde los sanitarios los atendían lo mejor que podían.

Mientras tanto, el humo y las cenizas formaban remolinos a su alrededor, lo cual espantaba a las mulas que cargaban el equipaje. Los arrieros tuvieron que emplearse a fondo para evitar que las bestias se enredasen unas con otras. Del mismo modo, la cohesión disciplinada de la legión empezó a romperse conforme el calor obligaba a los legionarios a retroceder.

Bernardico se volvió hacia el legado.

–Tendremos que pasar a través de las llamas, señor. Es imposible permanecer en el camino. El fuego nos está dominando.

Cerialis miró hacia el cordón de llamas reluciente y el humo blanco.

–No podemos pasar a través de eso.

–Hay que hacerlo, señor. Y sin demora alguna. Pronto el fuego se nos habrá echado encima.

–¿Cómo lo atravesamos?

–Los hombres tendrán que usar sus mantos para apagar las llamas y abrir caminos por los que pasar.

–Aunque eso salga bien, el enemigo nos esperará al otro lado.

–Sí, señor, pero ésas son las opciones que tenemos. O bien nos quedamos aquí y ardemos, o bien probamos suerte con los rebeldes. Yo preferiría morir con una espada en la mano que como un pollo asado.

El legado tembló.

–Entonces no queda más remedio. Vuelve a formar las cohortes y diles a los hombres que vamos a intentar salir de la trampa luchando. Nos dirigiremos hacia la derecha –continuó–. Así, sólo tendremos que enfrentarnos a la mitad de ellos. El resto tendrá que dar la vuelta en torno a las llamas y eso los retrasará.

–Sí, señor. Buena idea –reconoció el centurión–. Sería mejor movernos todos a la vez, señor.

–Haré que las bucinas toquen el avance cuando los hombres estén dispuestos. –Cerialis hizo un gesto hacia aquellos que llevaban los instrumentos de latón, detrás de los estandartes de la legión–. Ve y da la orden, centurión.

Bernardico volvió a toda prisa hacia la columna, e hizo una pausa para transmitir instrucciones al comandan-

te de cada cohorte. Los hombres se alejaron de las llamas con las caras relucientes de sudor, cogieron sus escudos y esperaron la señal. Cuando Bernardico llegó a su centuria, a la cabeza de la columna, y explicó el plan, su optio miró hacia el fuego, a no más de seis metros de ellos, y agitó la cabeza.

–No lo conseguiremos.

–Quién sabe –replicó Bernardico, lacónico–. Ya lo veremos. Que se preparen los hombres.

–Sí, señor. –El optio forzó una sonrisa–. Lo veremos, pues.

Los hombres de la Primera Centuria formaron de cuatro en fondo, a la derecha. Una sección tenía los mantos preparados, empapados con el agua de las cantimploras, mientras sus compañeros cogían sus escudos. Tres secciones más permanecieron en pie con las jabalinas, dispuestos a lanzarlas contra el enemigo en el extremo más alejado de las llamas, mientras la infantería se abría paso. Mirando hacia la columna, Bernardico advirtió que las otras centurias también hacían sus preparativos. Se quedó mirando al legado y sus hombres en la distancia.

–Da la orden –murmuró para sí mismo. Las llamas estaban tan cerca que tenía que guiñar los ojos para protegérselos del calor achicharrante–. Por Júpiter, da la puñetera orden...

Vio que sus hombres se acercaban entre ellos y levantaban sus escudos para protegerse del aire ardiente que mordía la piel expuesta. Levantó el suyo y agachó la cabeza tras él.

–¡Señor! –exclamó una voz–. Tu cresta está ardiendo...

Notó de repente el olor acre del pelo de caballo quemado, y cogió su cantimplora, le quitó el tapón y se remojó la parte superior del casco con lo que quedaba.

Y entonces, al fin, las notas estridentes de las bucinas sonaron por encima del rugido del fuego. De inmediato, Bernardico dejó caer la cantimplora para dar la orden que tanto había esperado.

—¡Apagafuegos, adelante!

Los hombres con los mantos empapados avanzaron con el cuerpo inclinado para proteger sus caras del calor. Conforme se movían, iban golpeando la hierba que ardía, sobre la que luego arrojaban las telas para ahogar las llamas. Al cabo de unos momentos, sólo una delgada línea de fuego los separaba del enemigo.

—¡Jabalinas! —exclamó Bernardico—. ¡Lanzad!

Los legionarios arrojaron los proyectiles en un arco bajo, por lo que desaparecieron al momento entre el humo. Aunque enseguida tuvieron cumplida respuesta cuando se levantaron gritos de alarma entre los enemigos.

Aquella era la señal que el centurión necesitaba. La experiencia le había enseñado que ese momento justo tras herir al enemigo por primera vez siempre debe aprovecharse. Así que sacó su espada, gritó a sus hombres que lo siguieran, y corrió hacia los mantos humeantes que cubrían el suelo. Oyó que un hombre cerca de él lanzaba el grito de guerra de la legión: «¡Adelante, Hispania!».

Cruzó la fina pantalla de llamas que todavía ardía, sin prestar atención a su agudo picotazo, y cargó hacia el extremo más alejado, donde unas volutas de humo subían formando remolinos desde la tierra ennegrecida. Los legionarios más avanzados se abrieron en abanico y se dirigieron hacia los rebeldes más cercanos. Eran unos cuantos; justo los que instantes antes se regocijaban ante la perspectiva de que sus enemigos se quemaran vivos. Ahora, en cambio, la sorprendente reacción de los romanos los había dejado indecisos. Apenas acertaron a reaccionar ante todos esos hom-

bres que surgían entre las llamas y golpeaban con sus escudos, que apuñalaban con sus espadas cortas.

Bernardico vio a una figura alta con casco y armadura a su derecha. Supuso que era uno de los líderes rebeldes, así que se lanzó hacia él. El jefe tuvo tiempo de levantar su escudo en forma de lágrima, que chocó con la defensa rectangular del centurión en un golpe estridente. Pero el ímpetu del romano hizo que su oponente trastabillara hacia atrás. Bernardico aprovechó la ventaja y clavó su espada en la garganta del otro hombre con tal fuerza que la punta salió por la nuca. En un combate singular habría podido saborear el momento, pero un veterano como él sabía que en una batalla campal uno no puede entretenerse, así que recuperó la hoja sin dedicarle al enemigo vencido una segunda mirada. El rebelde cayó de rodillas y soltó sus armas mientras la sangre surgía a borbotones de su cuello.

Entretanto, a ambos lados más y más hombres se arrojaban contra el enemigo tras atravesar el fuego. A su derecha, el resto de unidades romanas los imitaban con una carga furibunda y desesperada por machacar la moral de los rebeldes.

El centurión se volvió para enfrentarse a un joven guerrero alto y delgado, apenas lo bastante mayor para que le creciera algo de barba en la mandíbula. Los ojos del muchacho estaban abiertos de par en par por el terror, que además hacía que su lanza temblara. Bernardico golpeó con la parte plana de su espada el borde del escudo de su oponente, y notó que éste se acobardaba todavía más. Hizo una finta con la espada y esbozó una mueca feroz, y el joven retrocedió a toda prisa para desaparecer entre sus camaradas.

Como respuesta a las bucinas, los cuernos de los rebeldes impusieron sus notas bemoles. Una vez recuperados de la sorpresa, el aire se pobló de gritos de batalla de los